BARTLEBY
EL ESCRIBIENTE

Título original: *Bartleby the Scrivener. A Story of Wall Street*

Primera edición: 2014
Primera reimpresión: 2014

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o
científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.

© 2013 Éditions Sarbacane, Paris
Spanish Translations rights arranged through La Petite Agence, Paris
© de la traducción: Arturo Agüero Herranz
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 913938888
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-9711-6
Depósito legal: M. 28.646-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección:
alianzaeditorial@anaya.es

BARTLEBY
EL ESCRIBIENTE

Un relato de Wall-Street

Traducción y notas de Arturo Agüero Herranz



ALIANZA EDITORIAL



Soy hombre de edad algo avanzada. Durante los últimos treinta años, la naturaleza de mis ocupaciones me ha puesto en estrecho contacto con lo que se diría un interesante y más bien singular género de hombres del cual aún, que yo sepa, nada se ha escrito; me refiero a los copistas judiciales o escribientes. He conocido a muchos, profesional y particularmente, y si quisiera contaría diversas historias que harían sonreír a los caballeros benévolos y llorar a las almas sentimentales. Pero omito las biografías de todos los demás escribientes por unos cuantos episodios de la vida de Bartleby, que fue un escribiente, el más extraño que yo haya visto o de quien tenga noticia. Sobre otros copistas judiciales sería capaz de escribir la vida entera; nada parecido puede hacerse con Bartleby. No existen, creo, materiales que faciliten una biografía plena y satisfactoria de este hombre. Es una pérdida irreparable para la literatura. Bartleby era uno de esos seres de quienes nada es averiguable, salvo a partir de las fuentes originales, y en su caso resultan insuficientes. Lo que de Bartleby vieron mis propios y atónitos ojos es *cuanto* sé de él, excepto, eso sí, un impreciso rumor que aparecerá en el epílogo.



Antes de presentar al escribiente, tal y como llegó a mí por vez primera, conviene que haga mención de mí mismo, mis *employés*, mi negocio, mis oficinas y su entorno general; la descripción es indispensable para el adecuado entendimiento del protagonista que va a ser introducido.

En primer lugar, soy hombre que, desde su juventud en adelante, ha albergado la profunda convicción de que una vida relajada es la mejor. Y si bien pertenezco a una profesión proverbialmente enérgica y nerviosa, a veces hasta la turbulencia, jamás he consentido que nada de ello invada mi paz. Soy uno de esos abogados sin ambiciones que nunca se dirigen a un jurado, ni de ningún modo recaban el aplauso público; sino que, en la plácida tranquilidad de un retiro confortable, hacen un cómodo negocio entre las rentas, hipotecas y títulos de propiedad de los hombres ricos. Cuantos me conocen creen que soy un hombre eminentemente *seguro*. El difunto John Jacob Astor[1], personaje poco dado al entusiasmo poético, no vaciló en declarar que mi punto fuerte era ante todo la prudencia; y luego, el método. No hablo con vanidad si meramente anoto el hecho de que mis servicios en la profesión fueron solicitados por el difunto John Jacob Astor; un nombre que, lo admito, me gusta repetir, ya que posee un sonido redondo y orbicular, y repica como el metal precioso. Añadiré de manera franca que no fui insensible a la buena opinión del difunto John Jacob Astor.

Con cierta antelación al período en que da comienzo esta pequeña historia, mis ocupaciones se vieron incrementadas considerablemente. El viejo cargo de Asistente en la Cancillería[2], que ya no existe en el Estado de Nueva York, me había sido otorgado. No era un cargo muy difícil, y sí muy agradablemente lucrativo. Pocas veces pierdo los estribos, y muchas menos me dejo arrastrar hacia una indignación peligrosa a causa de los agravios y ultrajes; pero ha de permitírseme que sea aquí temerario, y declarar que considero la repentina y violenta supresión del cargo de Asistente en la Cancillería, por la nueva Constitución, como un acto *** y prematuro; pues yo había esperado hacer usufructo vitalicio de sus ganancias, y en cambio sólo obtuve las de unos pocos y breves años. Pero ése es otro cantar.

Mis oficinas se hallaban en un piso alto del número *** de Wall-Street. Por un lado, daban al muro blanco interior de un espacioso hueco de tragaluz que atravesaba el edificio de arriba abajo. Esta vista podría haberse considerado más lánguida que otra cosa, carente de aquello que los paisajistas llaman «vida». Pero, aunque así fuera, desde el otro lado de mis oficinas la vista ofrecía, si no mucho más, al menos un contraste. En esa dirección mis ventanas dominaban sin cortapisas un alto muro de ladrillo, ennegrecido por los años y



la sombra perpetua; descubrir las insospechadas bellezas de ese muro no requería catalejo alguno, ya que para beneficio de espectadores miopes se elevaba a tres metros de mis ventanas. Debido a la gran altura de los edificios circundantes, y a que mis oficinas estaban en el segundo piso, el espacio entre este muro y el mío se asemejaba no poco a una enorme cisterna cuadrada.

En el período inmediato a la venida de Bartleby, estaban bajo mi férula dos copistas y un prometedor chico de los recados. El primero, Turkey; el segundo, Nippers; el tercero, Ginger Nut. Acaso parezcan nombres, de ésos que no suelen hallarse en la Guía. En realidad eran apodos, que se confirieron ellos recíprocamente por juzgarse expresivos de sus respectivas personas y caracteres[3]. Turkey era un inglés rechoncho de más o menos mi edad, o sea, no lejos de los sesenta. Por la mañana, diríase, su rostro tenía un leve matiz colorado; pero tras las doce del mediodía –su hora de almorzar–, echaba chispas como una lumbre de carbones navideños; y seguía echando chispas –aunque con una especie de gradual debilitamiento– hasta las seis de la tarde, más o menos; luego dejaba yo de ver al propietario del rostro, el cual, tras alcanzar su cenit con el sol, parecía ponerse con él, para alzarse, culminar y declinar al día siguiente con la misma regularidad e idéntica gloria. En el transcurso de mi vida me he topado con muchas coincidencias singulares, y no la menor de entre ellas es el hecho de que justo cuando Turkey lanzaba sus rayos más poderosos desde su roja y radiante faz, entonces también, en ese momento crítico, daba comienzo el período diario en que, a mi entender, sus aptitudes laborales se trastornaban seriamente para el resto de la jornada. No es que se tornase absolutamente vago, o reacio al trabajo; lejos de ello, la dificultad era que podía mostrarse demasiado enérgico. Se daba en él una extraña, vehemente, frenética, insensata temeridad de dinamismo. No prestaba atención al mojar la pluma en el tintero. Cuantos borrones hacía en mis documentos los echaba pasadas



las doce del mediodía. Y no sólo era temerario y propendía lamentablemente a echar borrones por las tardes, sino que algunos días iba aún más lejos y armaba bastante alboroto. En tales ocasiones, su rostro llameaba con acrecentado blasón, como si se hubiera amontonado hulla sobre antracita. Hacía un enojoso estrépito con la silla; volcaba la salvadera; al remendar las plumas, impacientemente las rajaba en pedazos y las tiraba al suelo con repentino arrebato; se levantaba y, apoyándose sobre la mesa, desperdigaba los papeles de la manera más indecorosa, algo muy triste de contemplar en un hombre mayor como él. Sin embargo, por diversos motivos, era una persona inestimable para mí; antes de las doce del mediodía no había otro más diligente y aplicado que él, y realizaba gran cantidad de trabajo con un estilo difícil de igualar; debido a ello, pasaba yo por alto sus excentricidades, aunque en ocasiones tuviera que reprenderlo. Lo hacía con gran delicadeza, no obstante, ya que si bien por las mañanas él era el hombre más educado –no, el más dócil– y respetuoso, por las tardes, a la mínima provocación, tenía una lengua algo atrevida; de hecho, insolente. Como valoraba sus servicios matinales y estaba resuelto a no perderlos, pero viendo también que su acalorada conducta pasadas las doce era un incordio, y siendo yo hombre de paz, sin gana de que mis admoniciones le inspirasen réplicas salidas de tono, me resolví un sábado a mediodía (los sábados siempre estaba peor) a insinuarle, muy amablemente, que quizá había llegado el momento, ahora que él se estaba haciendo mayor, de recortar sus tareas; en suma, no había necesidad alguna de que volviese a mis oficinas después de las doce, sino que, una vez concluida su colación, lo mejor sería que se fuese a casa y reposara hasta la hora del té. Pero no; insistió en cumplir sus obligaciones vespertinas. Su semblante se volvió intolerablemente férvido mientras me aseguraba con elocuencia –gesticulando en el otro extremo de la habitación con una larga regla– que si sus servicios por la mañana eran valiosos,





¿cuánto más indispensables, entonces, por la tarde?

–Con todo respeto, señor –dijo Turkey aquella vez–, me considero su mano derecha. Por la mañana ordeno y despliego mis columnas, pero por la tarde me pongo a la cabeza de ellas y galantemente arremeto contra el enemigo, ¡así! –e hizo una violenta acometida con la regla.

–¿Y los borrones, Turkey? –insinué.

–Verdad es; pero, con todo respeto, señor, ¡mire estos cabellos! Me estoy haciendo viejo. Seguramente, señor, un borrón o dos en una tarde calurosa no pueden achacarse con severidad a unos cabellos grises. La vejez, aun cuando manche la página, es honorable. Con todo respeto, señor, los *dos* nos estamos haciendo viejos.

Esta apelación a mi sentimiento compartido era casi irresistible. De cualquier modo, vi que rehusaba marcharse. Así que me hice a la idea de permitir que se quedara, aunque resolví cuidar de que por la tarde se ocupase sólo de mis papeles menos importantes.

Nippers, el segundo de mi lista, era un joven de unos veinticinco años, cetrino, con bigotes, y que, en conjunto, tenía aire de pirata. Siempre lo creí víctima de dos poderes malignos: la ambición y la indigestión. La ambición se mostraba en cierta impaciencia por las tareas de mero copista y en una injustificable usurpación de cometidos estrictamente profesionales, como la redacción original de documentos legales. La indigestión parecía señalarse en un ocasional malhumor nervioso y una sarcástica irritabilidad, que hacían que los dientes le rechinaran si cometía errores al copiar; en maldiciones innecesarias, siseadas más que vocalizadas durante el ardor de la faena; y sobre todo en un permanente descontento con la altura de la mesa donde trabajaba. Pese a sus ingeniosas aptitudes mecánicas, Nippers no logró que esa mesa se ajustara a él. Puso astillas debajo, tacos de distintas clases, trozos de cartón, y al fin hasta llegó a ensayar un ajuste exquisito con pedazos de papel secante doblado. Pero ningún invento daba solución. Si, para aliviarse la espalda, alzaba el tablero de la mesa en ángulo agudo con su barbilla, y escribía como quien usa por escritorio el empinado techo de una casa holandesa, decía que la circulación de los brazos se le cortaba. Si bajaba la mesa al nivel de su cintura, y se inclinaba sobre ella para escribir, sentía un intenso dolor de espalda. En suma, lo cierto era que Nippers no sabía lo que quería. O, si algo quería, era librarse por fin de una mesa de escribiente. Entre las manifestaciones de su enfermiza ambición se contaba su gusto en recibir visitas de ciertos sujetos con aspecto dudoso y abrigos ajados, a los cuales llamaba sus clientes. En efecto, me enteré de que no sólo llevaba, a veces, una considerable actividad como político local, sino que ocasionalmente hacía algún trabajillo en los juzgados y

no era desconocido en los peldaños de las Tumbas[4]. Tengo buenas razones para creer, sin embargo, que un individuo que venía a verlo a mis oficinas, y a quien con gran ostentación él calificaba de cliente suyo, no era sino un acreedor, y el supuesto título de propiedad, una factura. Pero, con todos sus defectos y las molestias que me ocasionaba, Nippers, al igual que su compatriota Turkey, me era un hombre muy útil; escribía rápido y con buena letra, y, cuando se le antojaba, no carecía de modales distinguidos. A esto hay que añadir que siempre iba vestido de forma muy elegante, y así, de paso, daba buen tono a mis oficinas. En cambio, respecto a Turkey, me costaba mucho evitar que no fuese un desprestigio para mí. Su ropa acostumbraba a estar grasienta, y olía a figón.



En verano llevaba unos pantalones muy sueltos y bombachos. Sus abrigos eran execrables; su sombrero, mejor ni tocarlo. Pero si el sombrero me era indiferente, ya que por cortesía y deferencia naturales, como buen inglés subordinado, se lo quitaba siempre nada más entrar en la habitación, el abrigo era otra cosa. En lo que atañía a sus abrigos, procuré razonar con él, sin éxito alguno. La verdad era, supongo, que un hombre con ingresos tan exiguos no podía lucir al mismo tiempo una cara lustrosa y un abrigo lustroso. Como Nippers observó en cierta ocasión, casi todo el dinero de Turkey se iba en tinta roja[5]. Un día de invierno le regalé a Turkey un abrigo mío de apariencia sumamente respetable: un abrigo acolchado y gris, que ofrecía muy grato calor, y se abotonaba desde las rodillas al cuello. Pensé que Turkey apreciaría el detalle y moderaría sus alborotos e imprudencias de las tardes. Pero no; realmente creo que ceñirse un abrigo tan blando y cálido ejerció sobre él un efecto pernicioso, según el mismo principio de que la avena en demasía es mala para los caballos. Igual que un caballo impaciente y nervioso, según dicen, se jacta de la avena[6], así Turkey se jactaba de su abrigo. El abrigo lo volvió insolente. Era un hombre a quien dañaba la prosperidad.

Aunque respecto a los inmoderados hábitos de Turkey tenía yo mis conjeturas privadas, en lo tocante a Nippers estaba persuadido de que, cualesquiera que fuesen sus faltas en otros aspectos, al menos era un joven sobrio. Pero es

que la misma naturaleza parecía haber sido su tabernera, y le había abrumado desde que nació con un carácter tan irritable y vinoso que todas las libaciones subsiguientes se hacían innecesarias. Si considero cómo, en mitad del sosiego de mis oficinas, algunas veces Nippers se levantaba con impaciencia de su asiento, e inclinándose sobre la mesa extendía los brazos en cruz, y luego aferraba el escritorio y lo movía y sacudía contra el suelo provocando un rechinar espantoso, igual que si la mesa fuera un agente voluntario y perverso con intención de frustrarlo y vejarlo, entiendo con claridad que para Nippers el aguardiente era del todo superfluo.

Por suerte para mí, y debido a su causa peculiar –la indigestión–, la irritabilidad y el consiguiente nerviosismo de Nippers se observaban principalmente de mañana, mientras que por la tarde se mostraba relativamente apaciguado. Así las cosas, y puesto que los paroxismos de Turkey daban inicio sólo a mediodía, nunca tuve que vérmelas con las excentricidades de ambos al mismo tiempo. Sus ataques se hacían el relevo, como los guardias. Cuando Nippers estaba de servicio, Turkey estaba exento; y viceversa. Bajo tales circunstancias, no dejaba de ser un buen acuerdo lógico.

Ginger Nut, el tercero de mi lista, era un chico de unos doce años. Su padre era un carretero que ambicionaba, antes de morir, ver a su hijo en el banco de los magistrados y no en el de un carro. Así que lo envió a mi bufete en calidad de estudiante de leyes, recadero, limpiador y barredor, con una paga de un dólar a la semana. Tenía un pequeño escritorio propio, pero no lo usaba mucho. Al inspeccionarlo, el cajón exhibía un gran conjunto de cáscaras de nuez. Y es que para este mozo espabilado, toda la noble ciencia del derecho cabía en una cáscara de nuez. Una de las obligaciones principales de Ginger Nut, y la que él cumplía con mayor presteza, era proveer de pasteles y manzanas a Turkey y Nippers. Copiar documentos legales es trabajo proverbialmente seco y áspero, y mis dos escribientes solían humedecerse la boca de buena gana con *Spitzenbergs*[7], que se adquieren en los numerosos puestos cerca de la Aduana y de Correos. También encargaban a Ginger Nut, con gran frecuencia, que les trajera ese bizcocho –pequeño, chato, redondo y muy sazonado– cuyo nombre habían escogido ellos para bautizar al chico. En las mañanas frías, cuando el trabajo se hacía pesado, Turkey los engullía a docenas como si fuesen obleas –cierto es que venden seis u ocho por un penique–, y el raspar de la pluma se mezclaba con el chasquido de las crujientes partículas en su boca. Entre los fogosos desatinos y las osadías impulsivas de Turkey por las tardes, destaca aquella vez en que humedeció con los labios una torta de jengibre y la estampó en una cédula hipotecaria, a modo de sello. Estuve a punto de despedirlo



entonces. Pero él me aplacó haciendo una reverencia oriental y diciendo:

–Con todo respeto, señor, ha sido una muestra de generosidad facilitarle ese artículo de escritorio a mis expensas.

Así pues, mis viejas tareas –las de intermediario en el traspaso de bienes inmuebles, buscador de títulos de propiedad y redactor de toda suerte de documentos recónditos– se incrementaron en gran medida cuando recibí el cargo de Asistente en la Cancillería. Me llegaba una gran cantidad de trabajo para escribientes. No sólo hube de exigir más a los oficinistas que ya estaban conmigo, sino que me vi obligado a buscar ayuda adicional. En respuesta a mi anuncio, un joven inmóvil apareció una mañana en el umbral de mi bufete; era verano, y la puerta estaba abierta. Vuelvo ahora a ver esa figura: ¡pálidamente pulcra, lamentablemente decorosa, incurablemente desamparada! Era Bartleby.



Tras unas pocas palabras sobre sus cualificaciones, le di empleo, alegre de contar entre mi grupo de copistas con un hombre de aspecto tan singularmente sedado, pues me figuré que podría obrar algún beneficio en el inestable temperamento de Turkey y el fogoso de Nippers.

Se me olvidó señalar más arriba que unas puertas plegables de cristal esmerilado dividían mi local en dos partes; una la ocupaban mis escribientes, la otra yo. Según mi humor, dejaba esas puertas abiertas o las cerraba. Decidí asignar a Bartleby un rincón junto a las puertas plegables, pero de mi lado, y así tener cerca a este hombre tranquilo por si había que hacer alguna cosa de poca importancia. Coloqué su escritorio junto a una ventanita en ese extremo de la habitación, ventana que originalmente tenía vista lateral a patios y ladrillos sucios, pero que debido a subsiguientes construcciones no gozaba ya de ninguna vista, aunque sí recibía algo de luz. A un metro escaso de los vidrios había un muro, y la luz bajaba desde muy arriba, entre dos edificios altos, como si viniera de la pequeña abertura de una cúpula. Para hacer más satisfactorio el arreglo, conseguí un alto biombo verde que aislaba enteramente de mi vista a Bartleby, pero no le impedía oír mi voz. Y así, en cierto modo, se aunaban privacidad y sociedad.

Al principio, Bartleby realizó una extraordinaria cantidad de escritos. Como si llevara tiempo con hambre de copiar, pareció darse un hartazgo de mis documentos. No había pausa para la digestión. Copiaba día y noche, a la luz del sol y de las velas. Su aplicación me hubiera satisfecho del todo de haber sido él no sólo industrioso, sino además alegre. Pero escribía y escribía, callada, pálida, mecánicamente.

Huelga decir que parte indispensable del trabajo de un escribiente es verificar la exactitud de su copia, palabra por palabra. Cuando en una oficina hay dos o más escribientes, se ayudan entre sí a hacer ese examen; mientras uno lee la copia, otro comprueba el original. Es asunto muy aburrido, cansino y letárgico. No me cuesta imaginar que, para algunos temperamentos sanguíneos, resultaría absolutamente intolerable. Por ejemplo, me parece increíble que el brioso poeta Byron se hubiera sentado tan feliz con Bartleby a examinar un documento judicial de, digamos, quinientas páginas, escrito con letra apretada y ensortijada.

De vez en cuando, si apremiaba el trabajo, yo mismo ayudaba a comparar algún breve documento, y llamaba a Turkey o a Nippers para ese propósito. Uno de mis objetivos al colocar a Bartleby tan a mano, tras el biombo, era valerme de sus servicios en aquellas ocasiones triviales. Era el tercer día, creo, que estaba conmigo, y antes que hubiera necesidad de examinar su propio escrito, viéndome más apurado en concluir un asuntillo que tenía pendiente, llamé a Bartleby de súbito. En la premura y la natural expectativa de una obediencia inmediata, me quedé con la cabeza inclinada sobre el original, que estaba en mi escritorio, y mi mano derecha a un lado, extendida algo nerviosamente con la copia, para que tras emerger de su retiro al punto, Bartleby pudiera cogerla y proceder al trabajo sin la menor dilación.

En tal actitud me quedé al llamarlo, y declaré aprisa lo que deseaba que hiciera: concretamente examinar un pequeño papel conmigo. Imaginen mi asombro –no, mi consternación–, cuando sin moverse de su cubículo, Bartleby, con voz singularmente apacible y firme, replicó:

–Preferiría no hacerlo.

Estuve un rato en perfecto silencio, poniendo en orden mis atónitas facultades. Luego se me ocurrió que mis oídos me habían engañado o que Bartleby había malinterpretado mi mensaje. Volví a formular la petición en el tono más claro que logré asumir; pero igual de clara llegó la respuesta de antes:

–Preferiría no hacerlo.

–Preferiría no hacerlo –repetí como el eco, levantándome muy enojado y cruzando la habitación de una zancada–. ¿Qué quiere decir? ¿Está usted majareta? Quiero que me ayude a comparar esta hoja, tenga –y la impulsé hacia él.

–Preferiría no hacerlo –dijo.